HARLEQUIN Deseo™



El amor perfecto

Barbara Dunlop

Deseo™

El amor perfecto

Barbara Dunlop



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Barbara Dunlop. Todos los derechos reservados.
EL AMOR PERFECTO, N.º 1600 - septiembre 2011
Título original: The Perfect Boyfriend
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-764-8
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

–¿Cuánto cuesta contratar a un matón? –Megan Brock entró dando un portazo en el apartamento de su mejor amiga.

Cecily Cassell abrió los ojos como platos mientras levantaba el pie del pedal de su máquina de coser.

–¿Se puede saber qué llevas puesto?

–Un sujetador de cuero –contestó Megan.

Cecily la miró de arriba abajo y señaló con la mano.

–Y… y…

–Y una falda a juego. ¿Crees que podría encontrarlo por Internet?

–¿Una falda?

–Un matón.

–Ah.

Megan encendió el ordenador.

–¿Tú sabes lo que me ha hecho ese bastardo?

Cecily negó con la cabeza.

–No me lo puedo ni imaginar.

–Me dijo que era una reprimida –Megan se clavó un dedo en el pecho–. ¡A mí! ¿Tú crees que soy una reprimida?

–No…

–Aparentemente, no grito lo suficiente cuando estamos en la cama –siguió Megan, mientras se conectaba a Internet–. Fíjate, no sabía yo que hubiese un timbre determinado de gritos.

Su amiga abrió la boca para decir algo, pero ella siguió hablando:

–Me dijo que era una reprimida y que debería soltarme el pelo. Y que quería verme con una falda de cuero.

–Madre mía –murmuró Cecily, atónita.

–Y yo pensé: muy bien, a lo mejor lo nuestro no son fuegos artificiales y tal. A lo mejor en parte es culpa mía. ¿Quién sabe mejor que yo que todo depende del envoltorio? Al fin y al cabo, me dedico a la publicidad. Si una falda de cuero lo excita, ¿qué hay de malo?

Megan escribió la palabra *matones* en la barra de Google y pulsó el botón de búsqueda.

–¿Crees que aceptarán Visa?

–En todas partes aceptan la tarjeta Visa.

–Eso es verdad.

Cecily se dirigió a la cocina, volviéndose para mirar por encima de su hombro.

–Sigue hablando.

Megan echó un vistazo a la lista de páginas web en la pantalla del ordenador.

–Y como soy una mujer tan poco reprimida, tan liberada, me he puesto una falda de cuero. Y admito que me siento más bien sexy, sí. Pero luego va el tío y me dice lo del sujetador –entonces se volvió para mirar a Cecily–. Parezco una motera en el circuito de Daytona, ¿a que sí?

Su amiga inclinó a un lado la cabeza mientras sacaba una bandeja de hielos del congelador.

–Lo que más me asusta es la gargantilla de pinchos.

–Debería habérmelo imaginado.

Megan se quitó la estúpida gargantilla, sin dejar de

mirar la pantalla del ordenador. Por el momento, había encontrado un servicio de pesca, varias páginas de la policía, un artículo del *Texas Monthly* y un campeonato de críquet en Londres.

–¿Tú crees que el FBI está al tanto de estas cosas?

–¿De la ropa de cuero?

–No, de las búsquedas en Internet.

–Yo creo que eso lo hace la CIA.

–Ah, claro. Y seguramente estarán más interesados en el terrorismo internacional que en asesinas novatas como yo, ¿no?

Cecily echó los cubitos de hielo en una batidora.

–Probablemente. ¿Y qué deberías haberte imaginado?

–Que era un psicópata. Me pongo esto pensando, vale, me paseo un rato por el apartamento y ya está. Pero luego va y me dice que quiere ir a dar una vuelta y yo digo que de eso nada, no pienso salir así en público –Megan empezó a pasear por la habitación–. Y entonces va y se pone a protestar y a quejarse, haciéndome sentir culpable. Me promete que bajaremos por la escalera de emergencia, que sólo quiere ir a dar una vuelta en el coche para ver las luces de la ciudad, que estoy tan guapa, tan sexy que no puede soportarlo…

Cecily echó en la batidora un chorro de tequila.

–Nada reprimida –Megan levantó la voz–. ¿Te he dicho ya que no soy una reprimida?

–Sí, lo has dicho.

–Pues nada, nos subimos al coche. Pero yo no me siento sexy. Me siento cutre y barriobajera.

Cecily echó otro chorro de tequila.

–¿Y qué pasó?

–Vas a alucinar. Me lleva a un sitio con las ventanas tapadas por tablones de maderas y me dice que es un bar muy especial y que voy a pasar el mejor rato de mi vida. Y entonces se le encienden los ojos, Cecily, te juro que le brillaban, y me dice que va a enseñarme el significado de la palabra «respeto».

Cecily volcó la botella de tequila sobre la batidora.

–¿Crees que una lima será suficiente?

–Una lima está bien –suspiró Megan, furiosa. Si volvía a ver a ese asqueroso…

–¿Y qué hiciste?

–Como no estaba bien colocada para clavarle el tacón en sus partes, salí del coche.

–¿Con esa pinta?

–Me metí en un taxi… aunque antes recibí varias ofertas muy lucrativas –Megan señaló la batidora–. ¿Terminas con esas copas o no?

–Por supuesto –Cecily pulsó el botón de la batidora.

Megan se dirigió al dormitorio mientras se quitaba el sujetador y tiraba los zapatos contra la pared.

Durante tres meses había salido con ese imbécil, siempre comprensiva cuando no tenía dinero y ella tenía que pagar la cuenta, perdonándolo cuando llegaba tarde porque sus amigos le habían suplicado que se quedase a tomar otra cerveza, intentando no respirar el aroma de su after shave barato y, en general, haciendo todo lo posible para que esa relación funcionase.

A los veinticinco años su reloj biológico no estaba precisamente dándole la lata, pero siempre había pensado que conocería al hombre de su vida en la universidad. Y ahora, tres años después de haber conse-

guido un título en publicidad y haber abierto su agencia, no había visos de encontrar una relación decente.

¿Es que ya no había príncipes azules?

Indignada, se puso un pantalón de chándal de Cecily y una camiseta grande manchada de pintura.

Cuando volvió al salón, su amiga había hecho una jarra de cócteles margarita y Megan se dejó caer sobre el sofá, suspirando.

–El próximo hombre con el que salga sólo querrá verme en chándal.

Cecily sirvió dos copas y le ofreció una a su desconsolada amiga.

–El próximo hombre con el que yo salga tendrá un avión privado.

–Se reirá de mis chistes –dijo Megan, tomando un trago.

Cecily se sentó a su lado en el sofá.

–Me comprará flores.

–Tendrá acento australiano.

–¿Te gusta el acento australiano?

–Sí, es sexy. Me gustan los acentos.

–¿Ah, sí? Voy a enseñarte lo que significa la palabra «respeto», Sheila –dijo, con acento australiano.

Megan soltó una carcajada.

–¿Lo ves? Cuando lo dices con acento australiano casi suena sexy.

Su amiga negó con la cabeza.

–No me puedo creer que dijera eso.

–Y yo no puedo creer que haya podido vivir para contarlo.

Cecily levantó su copa.

–Por nuestro próximo novio, que nos preparará las copas.

–Que nos abrirá la puerta –dijo Megan.

–Que siempre pagará la cuenta.

–Querrá a mi madre, a mi senil abuela y a mi perro.

–Pero si no tienes perro.

Megan se encogió de hombros.

–Si lo tuviera, él lo querría.

–Deberías poner todo eso por escrito –sugirió Cecily.

–¡Qué buena idea! –Megan se levantó del sofá y se acercó a la mesita del teléfono para tomar un bolígrafo y un cuaderno–. Así tendremos una referencia para elegir con quién salimos –afirmó, tomándose de un trago el resto de su margarita–. Puede que no volvamos a tener tal claridad de pensamiento.

–Hay más en la jarra –dijo Cecily.

Megan tiró el bolígrafo y el cuaderno sobre su amiga para ir a rellenar las copas.

–Uno que tenga el título de masajista.

Cecily empezó a escribir.

–Y que esté interesado en mi trabajo.

Megan llenó las dos copas.

–Esto sí que debería estar en Internet. Seguro que hay miles de mujeres a las que podría interesarles nuestra lista.

Capítulo Uno

Megan consideraba que en el ciclo kármico de la vida había buenas ideas, malas ideas e ideas inducidas por los martinis. Afortunadamente, ella no había tenido muchas de las últimas. O, si las había tenido, nunca las puso en marcha.

Desgraciadamente, aquélla se le había escapado. Aunque, técnicamente, era una idea inducida por cinco margaritas. Pero, como decían los anuncios, todas las bebidas alcohólicas eran iguales cuando llegaban a la corriente sanguínea… ¿o era al cerebro?

Megan miró el micrófono negro delante de ella e intentó reunir saliva suficiente para formar una frase. Le había parecido tan buena idea tres meses antes, mientras tomaba margaritas con Cecily… publicar la lista de *El novio perfecto* en Internet para ayudar a otras mujeres que tenían problemas con sus relaciones sentimentales.

Y había funcionado.

Recibieron cincuenta e-mails el primer día, cientos más durante la siguiente semana. Al final, una pequeña editorial les había pedido que escribiesen un libro, una oferta que ellas aceptaron encantadas. Pero ahora eran las invitadas en un programa de radio y Megan no podía dejar de pensar en los cientos… no, miles de personas que estaban a punto de ver cómo hacían el ridículo.

Una cosa era responder a las preguntas por escrito, cuando tenía tiempo de pensar una respuesta en colaboración con Cecily. ¿Pero en la radio? Sí, estaban a punto de hacer el más absoluto de los ridículos. O peor, de dar consejos que podrían destrozar la vida de alguien.

Del todo.

Quizá para siempre.

Megan miró a Cecily buscando apoyo y su amiga sonrió, nerviosa.

Tras un panel de cristal, el técnico de sonido ajustaba diales y botones en la sala de control. Sherri Rodney, la presentadora del programa, ordenaba papeles mientras hablaba por el micrófono con el productor, cuya voz llegaba por los cascos que Megan y Cecily llevaban puestos.

–Treinta segundos.

Sherri se ajustó el micrófono mientras esperaba a que terminase la cortinilla de música.

–Acaban de escuchar *Long hot summer,* de The Candidates. Y espero que hayáis puesto el aire acondicionado porque hoy tenemos algo muy caliente. Soy Sherri Rodney, de KNOA Radio, en directo desde Denver.

Megan tragó saliva. Los latidos de su corazón habían aumentado hasta un ritmo peligroso y tuvo que secarse las manos sudorosas en el pantalón vaquero. Se moría por un trago de agua, pero empezaba a preocuparle que su vejiga no aguantase una hora entera.

Si fuese una persona con más carácter ahora sería el momento de jurar que no volvería a probar un margarita.

–¿Alguna de vosotras está intentando recuperarse de una ruptura amorosa? –siguió Sherri–. ¿Alguien

está usando la fotografía de su ex como tablero de dardos? ¿Alguien llama por teléfono a otra persona para ensayar esas palabrotas que su madre le prohibió usar? Si has contestado sí a alguna de estas preguntas, creo que tenemos a las invitadas perfectas para ti.

Sherri sonrió, intentando animar a Megan y Cecily.

–Conmigo en el estudio esta noche están Megan Brock y Cecily Cassell, autoras de una lista en Internet y de un libro que se está convirtiendo en objeto de culto: *El novio perfecto*. Bienvenidas al programa.

–Gracias –la voz de Megan sonaba como la de un pirata y carraspeó, nerviosa. ¿Cómo iba a hacer un programa de radio con esa voz?

–Gracias –dijo Cecily desde el otro lado de la mesa, su cara parcialmente oculta por el micrófono.

–Vamos a empezar por Megan –sonrió Sherri–. Tengo entendido que vuestro salto a la fama llegó con una lista que publicasteis en Internet sobre cómo encontrar al novio perfecto. ¿Cuál fue la inspiración?

–¿La inspiración? –repitió ella.

–¿Por qué decidisteis hacer esa lista?

Megan recordó entonces el club sadomasoquista. No podía contarle a los oyentes de Denver lo del sujetador de cuero y el collar de pinchos. Pero tampoco se le ocurría otra cosa y miró a Cecily como pidiendo ayuda.

–En mi caso –empezó a decir su amiga, con voz temblorosa– porque seguí a un chico desde Los Ángeles a Denver. Dejé mi trabajo, mi apartamento, pagué por mover el asqueroso sofá donde él ponía el culo y luego resultó ser una mierda de novio. ¿Puedo decir mierda en la radio?

–Sí –contestó Sherri, haciéndole un guiño–. Pero tengo que pedirte que no digas «culo».

–Ah, qué pena –suspiró Megan, sin darse cuenta de que tenía el micrófono encendido–. Porque lo echó de su casa de una patada en el culo.

Afortunadamente, Sherri soltó una carcajada.

–Parece que tenemos una llamada. Roxy, de Aurora. Cuéntanos, Roxy.

–¿Mi último novio? –empezó a decir la tal Roxy, con una voz ligeramente nasal–. ¡Me dejó el día de los enamorados! Y al día siguiente me llama para pedirme azúcar. Yo le dije: para nada, chico. Y rompimos. Y luego me cuenta que siempre rompe con sus novias el día de los enamorados para no tener que comprar un regalo.

–¿Habíais oído algo parecido? –preguntó Sherri, mirando a Megan y Cecily.

–Desde luego –asintió Megan. Había oído cosas mucho peores en los últimos meses–. Lo creas o no, ocurre a menudo. Por eso escribimos el capítulo Cuatro. Se llama *Plantar a un novio tacaño*. Os aseguro que hay que plantar a esos tíos lo antes posible.

–Yo también le dejé plantado –dijo Roxy–. Si un hombre quiere salir conmigo antes tendrá que demostrar que tiene pasta.

Megan sonrió. El mundo necesitaba más mujeres como ella.

–Para los hombres que están escuchando este programa –empezó a decir–. ¿Buscas a una chica como Roxy? Pues cómete los bombones, dale las flores a tu madre y entra en la primera joyería que encuentres para comprar un regalo que merezca la pena.

–Amén –asintió Roxy.

–Gracias por llamar –dijo Sherri–. Parece que tenemos a Patty en la línea tres. Cuéntanos, Patty.

–¿Pero qué le pasa a los hombres, es que no se enteran de nada?

Megan esperó para ver si Cecily quería contestar. Pero su amiga no dijo nada, de modo que siguió. Asombrosamente, estaba empezando a pasarlo bien.

–No tienen ni la más remota idea.

–Una vez salí con un tío que me hizo pagar una cuenta de cinco dólares a medias –se quejó Patty–. ¿Os lo podéis creer?

–Claro. Un tacaño de la peor especie. Capítulo Diez: *Si no paga, a la porra.*

–En la siguiente cita…

–¿Hubo una segunda cita? –la interrumpió Megan, asombrada–. Me parece que necesitas ayuda profesional, Patty.

–Por eso compré el libro. En la segunda cita se pone a mirar a una chica que tenía unos pechos enormes y luego me pregunta si no me molesta tenerlos tan pequeños.

Megan lanzó un gemido.

–Pero le tiré la copa encima –siguió Patty.

–Espero que la pagase él.

–Sí.

–¡Menos mal! –exclamó Cecily.

–Parece que hay muchas mujeres insatisfechas por ahí –sonrió Sherri.

–Si por mujeres insatisfechas quieres decir tíos insoportables, estás en lo cierto.

–¿Y cómo esperáis que ayuden la lista y el libro?

–Creemos que podrán ayudar a las mujeres a no ser tan comprensivas, a exigir lo que quieren –Megan miró a Cecily como para pedir su apoyo. Y Cecily asintió–. Si podemos demostrarle a las mujeres que me-